tiende, enoblece, eleva el entendimiento de los niños piadosos, y, á veces, hasta da talento al que no lo tenía. «El catecismo y la piedad han dado talento á mi hijo,» decía una señora de fama europea. Cien veces he observado esto, añade Dupanloup, más me explico que se admiren los que no lo han visto jamás. Menos se admirarán si les digo que la piedad enseña también las buenas formas de la urbanidad, y da á los niños piadosos una distinción tan amable, les inspira tal delicadeza de corazón y aún de entendimiento, que este secreto, propio de la piedad, es otra de las cosas que más me maravillan.

Los ejercicios piadosos dan á los corazones y entendimientos de los niños tal gravedad y nobleza que de suyo los elevan sobre la vulgar medianía.

Si yo tuviera que aconsejar, dice el Obispo de Orleans, á los que están encargados de la enseñanza, les diría adoptasen para todos los centros de educación los reglamentos de piedad de los seminarios. Con ellos se formaron en otros tiempos los grandes hombres de la nobleza, de la magistratura y de la clase media. De no hacerse así, gastarán mucho las naciones, y por maravilla tendrán un sólo hombre verdaderamente grande. Ante todo hay que ejercitarse en la piedad: *la piedad es útil para todo: la piedad cuenta con las promesas de la vida presente y de la venidera.*

CAPÍTULO IV

Ejercicios de piedad

Para conseguir el inmenso é inapreciable bien de hacer piadosos á los niños hay que seguir el consejo del Apóstol: Ejercitarlos en la piedad: *Exerce te ipsum ad pietatem.* Ejercicios piadosos bien elegidos, bien proporcionados, variados cuanto sea posible y siempre prácticos; hé aquí el medio infalible de hacer piadosos á los niños.

Conviene tener muy presente que en los ejercicios piadosos como en todo acto grave, los niños no gustan sinó de lo que dura poco, que no atienden sinó á lo que los afecta personalmente, á excepción de las historias, y que no sacan provecho sinó de lo que vivamente les interesa: en esto, aunque se parezcan á todo el mundo, ofrecen los niños una particularidad más característica; á causa de su volubilidad, ligereza, movilidad, se distraen con la mayor facilidad, y los discursos largos, las disertaciones sobre objetos grandiosos, pero que no tienen para ellos un objeto práctico, son tiempo perdido.

Los ejercicios piadosos demasiado largos, demasiado multiplicados y demasiado serios los cansan y aburren pronto y hacen que insensiblemente se vayan disguntando de las cosas piadosas.

En la elección y disposición de los ejercicios piadosos hay que atenerse con todo rigor al justo medio para que los niños no sientan cansancio: se conseguirá el justo medio si se cuida que todo ejercicio sea de tan evidente utilidad que no pueda suprimirse sin menoscabo de la piedad; que en la forma, brevedad y variedad haya tal interés que los niños hallen descanso y fuerza, hasta cierto grado; y sean para ellos amable reposo después del trabajo.

Es principio fundamental: todo ejercicio piadoso que fastidia á los niños, es funesto; todo ejercicio que no interesa, es perdido; todo ejercicio que puede suprimirse sin perjuicio para la piedad es tiempo quitado sin razón al estudio.

El modo de hacer los ejercicios tiene para los niños tanta importancia como el fondo de los mismos: si se hacen medianamente, de una manera poco digna, lastimosa, se les hacen fastidiosos y hasta insufribles.

Los niños tienen sus prevenciones, sus caprichos, sus indiferencias, sus resistencias á algunas cosas; hay pues ante todo que convencerlos y persuadirlos, convencerlos de lo que es necesario, persuadirlos de lo que es útil, hacerles amar lo que es bueno: nada que parezca impuesto

sin razón; nada que les haga sentir fuerza ó pena; hay que seguir la gracia y ayudarla, más sin violencia; no descuidar nada; mas tampoco no forzar, no precipitar nada.

Lo primero que debe hacerse es instruir bien á los niños, contarles la historia de la religión, hacerles conocer á Dios, sus mandamientos, formarles la conciencia, enseñarles á distinguir lo bueno y lo malo, á practicar lo bueno, amarlo, buscarlo, á evitar lo malo, á inspirarles el temor de Dios, á enseñarles lo que pueden comprender de su soberana grandeza, de su justicia infinita: después se les inspira la confianza en Dios, el amor á su infinita bondad, el agradecimiento á sus beneficios, la adoración, la presencia de Dios, la oración.

Para conseguir todo esto se necesitan ejercicios piadosos, bien escogidos, variados y sostenidos: las fiestas son una necesidad y un medio admirables.

Una casa de educación, una escuela donde los ejercicios piadosos se practiquen bien, son el espectáculo más bello y más edificante.

El minimum de ejercicios piadosos que en un centro de educación, modelado según *Apostolado* deberá inspirarse á los niños, tiene tres puntos: 1.º ofrecer, como primer pensamiento, el corazón con las obras del día á Dios, rezando vocalmente poco y bien al divino Corazón de nuestro Redentor, á su santísima Madre María, Madre también de los niños, encanto de los cielos y de la tierra, *Trono de la Sabiduría* y *Virgen Purísima,* á San José, su amadísimo Esposo, Ayo y Padre educador de Jesucristo y principal Patrono de toda la Iglesia Católica: después al Ángel que cuida de los niños noche y día y tiene el encargo de defenderlos, asistirlos y acompañarlos en su peregrinación sobre la tierra: 2.º recordar entre día la presencia de Dios, haciendo alguna comunión espiritual y algún acto de amor de Dios: 3.º hacer á última hora el examen de la conciencia y rezar como por la mañana. Y una vez al mes recibir el sacramento de la confesión y la santa eucaristía, si se está dispuesto.

Con un poco que se prepare á los niños, se les inspira con la mayor dulzura y facilidad el amor á *las tres máximas devociones:* al divino Corazón de Jesús, único Corazón que ha amado y ama á los niños con amor infinito y que les tiene hechas formales promesas de bienes infinitos: á la Santísima Virgen y á San José; y después al Ángel de la Guarda.

La presencia de Dios recuerda al niño lo que todo católico debe saber y tener presente: En Dios vivimos, nos movemos y somos: *In Deo vivimus movemur et sumus,* como ha dicho San Pablo: después de habernos dado Dios la vida, nos la conserva para que no vuelva á la nada; y la primera y segunda constante creación bien merecen actos de amor de Dios y deseos de unirnos á él por medio de la fácil comunión espiritual.

Con profunda verdad ha dicho Pascal: «Un acto del entendimiento vale más que todas las riquezas materiales de la creación, porque el entendimiento las conoce y ellas no conocen nada: un acto del corazón, un acto de amor de Dios vale más que todos los conocimientos, que todo el saber: un acto de amor de Dios, dice el Angélico, merece el cielo: consiste esto, dice el citado filósofo, en que la materia, el entendimiento y el amor pertenecen á tres órdenes ó esferas diferentes, siendo la esfera del amor la más sublime, la que une la criatura al Creador.

El examen de conciencia nos hace conocernos; primer principio de sabiduría de los antiguos: Conócete á tí mismo; dar gracias á Dios por los dones que nos ha dispensado durante el día, pedirle perdón de las faltas, y que no nos atrevamos á entregarnos el sueño con la conciencia manchada con pecado mortal y enemiga de Dios.

La comunión mensual, precedida del sacramento de la penitencia es lo menos indispensable para poder vivir cristianamente, según la regla de un célebre prelado: «De año en año comulgan los malos cristianos, de mes á mes los medianos y de semana á semana los buenos.»

Este es el *minimum* que deberán practicar los jóvenes educados según el espíritu del *Apostolado*.

En la generalidad de las buenas casas de educación hay también la misa y meditación diarias, mayor frecuencia de sacramentos, conferencia espiritual, catecimos, pláticas, rezo del santo rosario, retiros espirituales, asociaciones piadosas, celebración de fiestas, visita al Sacramento.

Todo esto tenía también el ilustre Dupanloup en su casa de educación de París, y como cierto caballero le dijera: ¿si todo eso no era demasiado? contestó: «de ninguna manera; en esta casa quiero que haya grandes estudios, y todos estos ejercicios de piedad son el medio más eficaz.»

Para que los niños asistan con fruto y no de rutina á la santa misa, deberá enseñárseles que la misa es el acto más santo que Dios ha concebido en su pensamiento y ejecutado con su omnipotencia, que la misa da á Dios gloria infinita, llena de gozo á los ángeles, de alegría á los santos, de bendiciones á la tierra y de alivio y refrigerio á las almas del purgatorio; que la misa sirve para adorar á Dios, darle gracias, hacérnosle propicio, satisfacer por nuestros pecados y pedirle dones; y todo esto en grado infinito; que la misa representa al vivo toda la vida del Salvador, que allí está el Dios de Belén, el Dios de Nazaret, el Dios del Tabor, el Dios del Cenáculo, el Dios de Getsemaní, el Dios del Calvario, el Dios del Monte de los olivos; que si no hubiera habido la redención, una sola misa bastaría para redimir infinitos mundos é infinitos hombres.

Afortunadamente se va generalizando la práctica de hacer en la misa que oyen los niños el mes de San José en Marzo, el mes de María en Mayo, el mes del sagrado Corazón en Junio y el mes del Rosario en Octubre: en los demás meses, dice Timón-David, lo mejor que puede hacerse para los niños es leerles en voz alta, pausada, con unción lo que representa la misa, sus ceremonias y otros días meditaciones sencillas, prácticas, á propósito para que los niños crezcan en temor y amor de Dios y en las demás virtudes. Al fin de la misa se canta en algunas partes un cántico en la lengua del país, apropiado á la liturgia de la Iglesia: y los niños sólo están arrodillados mientras en el altar está el divino Sacramento.

Para los niños que moran todo el día en la casa de educación la lectura ó conferencia espiritual es una alocución que el superior les dirige, como un padre á sus hijos al fin de la jornada, y les cuenta sus penas ó alegrías según su comportamiento, y les hace las advertencias que le parecen. Con estas conferencias, dice Dupanloup, gobernaba la casa, y sin ellas no hubiera hecho gran cosa.

La visita diaria al Sacramento, á la Santísima Virgen en el tiempo de recreo es libre para los niños, y en muchas casas el rezo de tres ó cuatro decenas del rosario.

Conviene para evitar el rutinarismo y la sujeción del reglamento acostumbrar á los niños á que por sí mismos, por su sola voluntad practiquen algún acto piadoso.

Las pláticas que se hacen para explicar las festividades, para exponer alguna homilía y los catecismos en que se explica la doctrina, rara vez, dice Timón-David, habrán de pasar de quince minutos, á no ser que en los catecismos haya preguntas y respuestas que tanto sostienen la atención.

Tres retiros espirituales se dan á los niños: el primero de cuatro días sobre los novísimos quince días después de comenzar el curso escolar; el segundo de otros cuatro días sobre la Pasión en semana santa; y el tercero que dura más tiempo para los niños de la primera comunión.

El buen éxito de los ejercicios pende en gran manera de la acertada elección del que ha de dirigirlos: es más difícil dar unos buenos ejercicios á niños que á hombres ya formados. Toda preparación apenas basta para sostener la atención de la inquieta y movediza juventud.

Las asociaciones piadosas que tanto influyen en las buenas costumbres de las parroquias, desempeñan tan hermoso papel en las casas de educación. Ellas son, dice Monfat, el estado mayor, y por su medio se comunica la piedad á las extremidades.

Fórmanse de los alumnos más dóciles, de fe más viva, de corazón más recto, de mejor conducta: el influjo poderoso de su ejemplo arrastra á los demás, sin casi darse cuenta.

Cuando el pertenecer á la asociación es uno de los mayores honores de la casa de educación, entonces la asociación es una palanca admirable en manos del educador.

Para la sociedad, para el individuo, para las casas de educación aún mejor dirigidas hay momentos fatales, temibles crisis: las asociaciones piadosas ayudan á salir lo más pronto y del mejor modo. Lo que el educador no podría decir á todos los niños, lo dice á este cuerpo de preferencia, les habla como Padre, los enardece; su buen ejemplo cunde, el mal espíritu que quería dominar, desaparece, la insolencia que quería prevalecer, queda vencida por el amor al trabajo; las buenas costumbres y la observancia del reglamento vuelven á florecer.

Con las asociaciones se propaga el honor á la piedad, á la obediencia, al trabajo, á todo lo digno. El lema de un niño que pertenece á la asociación: «Nobleza obliga,» le excita constantemente á presentarse como modelo.

Un buen reglamento donde consten las condiciones para ser admitido en la asociación y los fines que ha de proponerse y conferencias prácticas y bien sostenidas sirven para que las asociaciones aprovechen admirablemente al niño y al buen nombre de la casa de educación.

Cuando yo tenía, dice Timón-David, bien establecidas en mis casas de educación las dos asociaciones de la Virgen María y Santos Ángeles y del Sagrado Corazón y San José, ya estaba contento: todo marchaba bien.

Con la primera asociación de la Virgen y los Ángeles atendía sobre todo á conservar en los niños la angelical pureza: los que en esta asociación más se distinguían, pertenecían también á la segunda del Corazón de Jesús y San José, y habían de imitar el celo de la gloria de Dios y demás virtudes de que son modelo el divino Corazón y San José.

Procedía Timón-David al formar sus asociaciones como su admirable maestro Allemand: de entre los niños más piadosos elegía los que formaban la primera asociación, y los más piadosos de éstos formaban la segunda. Es condi-

ción indispensable para ser miembro de la Academia pertenecer á una de las dos asociaciones.

Quería también Timón-David que todos sus alumnos y aún los que sólo iban á su casa *á orar* y *á jugar* llevasen, como señal de cristianos piadosos, un escapulario de la Virgen.

El Obispo de Orleans recomendó muy eficazmente á todo su clero la obra de educación de Timón-David y decía debería hallarse en las manos de todo educador.

Todos estos ejercicios bien hechos formarán piadosos á los niños; mas su eficacia no puede ponerse en parangón con la que se deriva de los santos sacramentos la confesión y la comunión. Como en el Calvario salió sangre y agua del divino Corazón de Jesús, así de esos dos sacramentos brota la fuente de vida para purificar y embriagar hasta la vida eterna, dulcificando las tristezas y arideces del destierro y derramando en el corazón de los niños fuerzas, consuelos y placeres divinales.

Viajero sediento y perdido en los ardientes arenales del desierto de la vida ve en los sacramentos la fuente de aguas que le mitigan la sed, y le orientan, dándole fuerza, hasta llegar á la suspirada patria.

Un espléndido sol de medio día que de repente ilumina con sus potentes rayos cerrada y tenebrosa noche; una tierra hierta y desolada súbitamente transformada por atmósfera radiante de luz y de fecundidad en el más bello panorama, embalsamado y hermoseado por las flores de la primavera y coronado de los frutos del otoño; un ciego de nacimiento que, por vez primera, contempla con ojos claros las maravillas de la creación, son pálidas comparaciones al lado de lo que de una manera misteriosa y divina hacen los sacramentos en el corazón y el alma del mortal.

Dice Santo Tomás que el sacramento de la penitencia, la confesión, justificando al pecador, es un acto más prodigioso que la creación del cielo y de la tierra. En la confesión encuentra el hijo pródigo la gloriosa y blanca vestidura, el anillo del amor, el gozoso festín de la casa de su padre

muy amado: aquí ve aumentadas sus antiguas riquezas, halla purísimas y abundantes delicias, brilla de nuevo y con más fulgores su filiación divina, y llena de gozo y complacencia á Dios y á sus ángeles.

La confesión transforma en un momento en hermano de los ángeles y heredero de eternos, brillantísimos tronos al que sumergido en el pecado corría, esclavo de Satanás, á sepultarse en el pozo de los tormentos sin fin.

En un instante desaparecerían todos los condenados á cárceles y presidios, si sólo se les exigieran las condiciones facilísimas que exige el Dios de la misericordia para librar al pecador de la esclavitud del demonio y devolverle su derecho á la herencia de la gloria. ¡Tan admirables son los efectos de una buena confesión!

Tiene además la confesión otra ventaja preciosísima, la de disponer al hombre á recibir otro beneficio, grande hasta lo infinito, beneficio soberanamente eficaz para todo lo bueno; tal es la admirable Eucaristía, compendio de las maravillas de Dios, donde brillan su infinita sabiduría, su omnipotencia, y su infinito amor.

¡Cuántos jóvenes han debido á la santa Eucaristía la preservación y santificación de su juventud, las alegrías más puras y más dulces de sus almas! Porque en la Eucaristía hállanse todas las delicias de la piedad y la fuente de la dulzura; de ahí dimana para los ejercicios piadosos su eficacia soberana; ahí está la maravillosa, fecundísima fuente de pureza, de fuerza, de consuelo, de vida; ahí está el agua que, como dice el Salvador, salta hasta la vida eterna.

Si todas las edades necesitan apagar su sed en esta agua celestial: «Todos los que tenéis sed, venid á beber aguas vivas,» ha dicho el divino Redentor, y sedientas están todas las almas en el desierto de la vida; mas ninguna, como la ardiente y sedienta juventud, necesita acudir á esta agua viva á mitigar su sed devoradora.

Para preservar y conservar la juventud en una buena casa de educación hay que guardar el más grande honor á la frecuente, santa Comunión; hay que inspirar á los jóvenes ardientes deseos de frecuentar el festín de gloria, donde se sirven manjares de ángeles.

Una sola cosa sería más fatal que el fatal abandono de la santa Comunión, el más grande y divino medio de acción sobre las almas de los jóvenes; esa cosa sería el uso imprudente, el abuso culpable y sacrílego de la santa Eucaristía. Cuanto más grande es el socorro, más augusto el sacramento, de mayor respeto y delicadeza es digno.

Como la comunión impone á los niños más que la confesión, no es tan peligroso el rutinarismo en la frecuente comunión como en la frecuente confesión. Los prudentes é ilustrados confesores son los llamados á desterrar el rutinarismo en la recepción de los sacramentos, esmerándose para que la frecuencia sacramental sirva admirablemente, preparando bien á los niños, para preservarlos del mal, hacer que progresen en todo bien, y atraigan sobre todos, maestros y discípulos el torrente de bendiciones que derrama Dios á manos llenas sobre las casas de educación en que, ante todo, se busca su reino y su justicia.

En la generalidad de los buenos centros de educación sólo una vez al mes es prescrita la confesión, seguida de la comunión para los que están dispuestos á juicio de los confesores; mas esto no impide que, á todo trance, se procure más frecuencia de sacramentos para obtener una piedad viva, activa, y ofrecer el edificante espectáculo de ver á niños de todas las clases acercarse en todas las fiestas á la santa Mesa.

Después de la primera comunión, poco molestados los niños por las grandes pasiones están bien dispuestos para la voluntaria, frecuente recepción de la Eucaristía; y cuando se acerca la gran crisis, ó están en ella, es de experiencia de los grandes maestros de la vida espiritual, que si el joven no es verdaderamente piadoso, y no lo será sin la frecuencia de los sacramentos, comenzará á morir, *incipiebat mori;* y el vano amor del mundo y las grandes pasiones se apoderarán de su alma y de su corazón. Toca al digno confesor fortalecer á los niños para la gran crisis y

ayudarlos después á salvarla con la voluntaria frecuencia de la comunión y con la voluntaria práctica de la mortificación y otros ejercicios piadosos.

El respeto á la santa Eucaristía ordena que el educador obligue al niño *solamente* á presentarse á su confesor; lo demás es exclusivo de la conciencia del niño, si bien el educador, como padre, no deberá ignorar los que reciben ó no, con frecuencia ó raras veces, la santa Comunión.

Decía el P. Lacordaire «que no puede calcularse el efecto de una comunión de menos en la vida del cristiano.»

Toda la marcha y ejercicios de una casa de buena educación llevan naturalmente á los niños á su más hermosa perfección, la frecuencia de sacramentos: en estas casas el peligro, el gran peligro sólo se halla en el abuso de las gracias.

Las palabras del amable San Francisco de Sales serán el coronamiento más bello de esta materia.

«Si los mundanos os preguntan porque comulgáis con tanta frecuencia, decidles que lo hacéis para amar á Dios, para purificaros de vuestras imperfecciones, para veros libre de vuestras miserias, para consolaros en vuestras aflicciones, para hallar apoyo en vuestra debilidad.»

«Decidles que dos clases de personas deben comulgar con frecuencia: los perfectos porque están bien dispuestos y obrarían mal no acercándose al origen y fuente de la perfección, y los imperfectos para llegar á ser perfectos: los fuertes para que no vuelvan á ser débiles, y los débiles para llegar á ser fuertes: los enfermos para tornarse sanos, y los sanos para no caer enfermos; y como vosotros sois imperfectos, débiles y enfermos, tenéis necesidad de la frecuente comunión para vuestra perfección, vuestra fuerza y vuestra divina medicina.»

«Decidles que los que en el mundo no tienen muchas obligaciones, deben comulgar mucho porque tienen tiempo; los que tienen muchas obligaciones, porque tienen mucha necesidad; y que el que trabaja mucho y está cargado de penosos quehaceres debe comer alimento sólido y con frecuencia.»

«Decidles que recibís la santa Eucaristía para aprender á recibirla bien, porque no se hace bien una cosa, sinó se hace con frecuencia.» Hé aquí lo que, sobre todo, ayudará á que los niños sean *buen olor de Cristo*, *crucifiquen sus pasiones* y domine su parte de ángel sobre su parte de bestia.

CAPÍTULO V

Las fiestas

Los domingos y demás festividades que celebra la Iglesia Católica, son recurso admirable y divino para excitar, renovar y hacer crecer en los niños la dulce y amable piedad.

Las fiestas son el eco permanente y prolongado de las celestiales harmonías que canta la Iglesia en alabanza y honor de Jesucristo: Cantos de júbilo y de salud en las moradas de los justos: *Vox exultationis et salutis in tabernaculis justorum.* En el cielo el festín de las eternas bodas; en la tierra la Iglesia militante uniéndose de lejos á la triunfante de la gloria. Do quiera Jesucristo, inundando de felicidad á los santos y fecundando, purificando y santificando á sus fieles de este mundo. Cada año cristiano renueva los misterios de la vida de Jesucristo, prolongándose y expansionándose en los ángeles y justos y sobre todo, en la incomparable Virgen, su Madre y su muy amado San José. En la sucesión de estas místicas estaciones halla el cristiano medios poderosos para asegurar su vida sobrenatural, *sin la que toda nuestra vida de este mundo no es más que un engaño continuado.*

La Iglesia Católica, dice Bossuet, inspirada por Dios y enseñada por los santos Apóstoles, ha ordenado el año de tal manera que junto con la vida, misterios, predicación y doctrina de Jesucristo halla dulcemente el fruto verdadero